tes. Los enemigos de la sociedad, no son como antes hizo don Alejandro creer a los suyos, todo ese enjambre de zánganos llamados capitalistas, religiosos y gobernantes. El enemigo actual es el bolchevikí; y aunque hasta ahora no se ha presentado en España, Lerroux, que piensa manejar uno de estos días las riendas del carro del Estado, ya anda diciendo por ahí que esta vez en el Poder, hará con los bolchevikis lo que, cuando apenas se llamaba Pedro, decía querer hacer con los detentadores del privilegio.

Es un dios de menor cuantía no previsto por el autor de *La isla de los Pingüinos*, que se pasa la vida parodiando a los dioses mayores; revolucionario, no pasó de la revolución de club; pseudo anarquizante, no convenció ni a sus incondicionales; presunto diciador, se congratula con la amistad de la burguesía, de esa burguesía que busca un dios en quien creer, sobre todo si este dios dice que no temblará al firmar penas de muerte, como dijo Lerroux hace unos días.

La sangre de los bolchevikí, nombre eufónico con que el jefe del partido radical parece aludir a los anarquistas, no es bebida a propósito para burgueses; les gustaría a estos derramarla, mas no beberla. Ahí están para eso *Los dioses que tienen sed*; mejor dicho: ahí está el dios Lerroux que, parn consolar a los que temen el peligro revolucionario y pasándose sus antiguas predicaciones por sitio mal oliente, amenaza, nuevo dios minúsculo sediento de sangre, con beberse toda la de los bolchevikis españoles como si fuera manzanilla.

Pero ese dios que tiene sed, no es más que una mala copia de los dioses de la revolución francesa. Recordemos que antes de ahora también dijo tener hambre y sed de justicia, y dejó de chillaren cuanto pudo ocupar un hueco en el banquete burgués. Su hambre de ideal era hambre canina; y su sed de justicia, sed de champan. Colmó sus deseos de riqueza titulándose redentor de humildes y hoy quiere dar satisfacción a su vanidad dándoselas de bebedor de sangre, que es como decir redentor de burgueses, que es en lo que vienen a parar todos los dioses de la política, por mucha sed que digan tener. Les basta el abrevadero gubernamental para darse por satisfechos.

JUANONUS

De *Solidaridad Obrera* copiamos el siguiente suelto, que nos ha llenado de alegría.

"Simón Radowiski

Este compañero, que como saben nuestros lectores, arrojó una bomba contra el jefe de policía de Buenos Aires, Falcón, y condenado por este hecho a cadena perpetua, ha logrado evadirse de la prisión, conquistando su libertad por la fuerza y la energía de su temperamento y su convicción.

Radowiski ha hecho buena aquella sentencia que afirma que la «libertad no se da se toma». Tomándolo al pie de la letra, ha huído de la garra de sus fieras.

Que goce mucho tiempo de esta libertad deseamos a Radowisky.»

La oportunidad del atentado personal del compañero Rodowisky, libró al proletariado argentino de una fiera engalonada.

Celebramos que haya recobrado la libertad *por su propio esfuerzo*, a la vez que felicitamos a los camaradas argentinos, que durante la larga prisión del compañero generoso, le han dado tantas pruebas de solidaridad.

Concepto de actuación

Precisar nuestro fin. Tal ha de ser en primer lugar y para obrar con método, lo que debemos hacer. Solamente cuando estaremos de acuerdo sobre el fin perseguido, podrá haber concordancia, absoluta o relativa, entre los elementos reunidos para traer iniciativas y cambiar impresiones sobre una futura y mejor actuación. Establezcamos lo que queremos; después examinaremos como lo obtendremos. ¿Qué quieren los anarquistas? Transformar la organización social de tal modo que las instituciones autoritarias desaparezcan y dejen el puesto a la iniciativa libre, voluntaria, expontánea de todas las individualidades.

Primero demoler; luego edificar. Tal es la tarea que nos impone la vida; tal es nuestro papel en la misma.

¿Y demoler qué? Los obstáculos que se oponen a nuestra marcha hacia la sociedad anarquista. ¿Y cuáles son esos obstáculos? Esos obstáculos son las fuerzas coercitivas que nos imponen determinada fuerza de vivir. Son la Iglesia, el Estado, los ejércitos, las magistraturas, etc., etc. ¿Y merced a qué se mantienen y perduran esas instituciones? Merced al espíritu de resignación, de obediencia, de conformidad, de servilismo que muchos siglos de ignorancia, de error y de mentira han cultivado en el pueblo.

Es, pues, este espíritu de resignación, de obediencia, de conformidad y servilismo que debemos, en primer lugar, destruir ¿Cómo? Por la intensificación de nuestras críticas, por la organización metódica de nuestra propaganda.

No puede hacerse propaganda sin propagandistas. Es preciso que se abran en nuestros centros cursos de sociología con determinados programas de estudio que, partiendo de una base para llegar a un fin, y abarcando el conjunto de los conocimientos humanos, formen militantes capacitados, clarividentes y activos.

Simultáneamente debemos intensificar nuestra propaganda en el seno de las masas populares. Pero aquí también, y contrariamente a lo que demasiadas veces ocurre en nuestra actuación, es necesario obrar metódicamente.

Nuestra agrupación propone a los anarquistas que actúan en España la formación de comités de relaciones entre las agrupaciones de las provincias o regiones españolas. El papel de dichos comités ha de ser: coordinación de los esfuerzos de los grupos y de las individualidades anarquistas. Preferible será que el radio de acción de dichos comités no se extienda más allá de sus comarcas respectivas, no para localizar y reducir su actuación, sino para el más provechoso acierto de la misma. Los anarquistas de Andalucía conocerán más detallada y completamente el temperamento, el modo de vida, las miserias particulares, las múltiples infamias locales sufridas y vividas por el pueblo andaluz, que le podrán conocer los de Cataluña, y recíprocamente.

Además, el comité de relaciones formado en Sevilla podrá, poniéndose de acuerdo con los camaradas de todas las ciudades y aldeas de Andalucía, organizar series de mitines que, machacando sin tregua, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, hará una labor seria y fecunda. Y así sucesivamente para la provincia de ¡Bilibao, Asturias, Zaragoza, Valencia, etcétera, etc.

Insistimos en nuestra opinión de que dichos comités no serán sino agentes de relación; que su único papel ha de ser la coordinación de la actuación grupal e individual, recibir y transmitir las iniciativas y los acuerdos tomados. *Organizar y no dirigir.*

Nuestro modo de obrar debe ser inspirado por nuestras concepciones, y la organización debe adaptarse a las conveniencias de los individuos, sin reciprocidad. La autonomía, la iniciativa individual, que tienden a desarrollar en cada uno el espíritu de crítica, de análisis, de reflexión, y secretando, las facultades mentales en conjunto constituirán, pues, la base de nuestras realizaciones.

En el desarrollo de las facultades mentales, como en el desarrollo de las facultades físicas, la función hace el órgano. Pensemos como anarquistas; obremos como anarquistas; incitemos a los hombres a pensar y obrar anárquicamente. Hagamos anarquistas, y, más aún, *propagandistas de la anarquía*. Un anarquista es un ser que sabe, puede y quiere vivir sin dominar ni ser dominado. El pueblo tiene la potencia, pero no tiene el saber ni la voluntad. Debemos ayudarle a hacer uso de la voluntad; debemos enseñarle como es posible vivir sin la intervención de la autoridad ajena y esta enseñanza ha de realizarse primero y prácticamente en el seno de nuestras agrupaciones.

El punto débil de nuestra propaganda, lo que ha hecho siempre difícil la aceptación de nuestro ideal a la generalidad de los hombres, ha sido la manera incompleta e imprecisa con la cual hemos contestado cuando se nos ha preguntado: ¿qué pondréis en lugar de la presente sociedad? ¿Cómo organizaréis la producción, el consumo, el transporte, el cambio e intercambio de la misma? Hasta aquí, nosotros, anarquistas, tenemos sobeadas muy vagas sobre tan trascendental problema, y mientras no podamos contestar a esas lógicas y legítimas preguntas, no podremos convencer a nuestros semejantes. No basta demostrar la falta de construir, nos dirán; ¿y cómo, por qué medios reconstruiréis? Para colmar ese vacío, precisa la elaboración de un programa de economía libertaria, y esmerarnos en que tengamos nociones más claras y más exactas de lo que se produce, se consume, lo que importan y exportan ciertas regiones, según su producción y sus necesidades; aprender que sepamos cómo organizaremos el servicio de los transportes terrestres y marítimos; cómo reorganizaremos la enseñanza, administraremos las escuelas, etc. No olvidemos que si pudieron acertar (a costa de muchas dificultades) los maximalistas rusos, fué mayormente porque su concepto de organizacion social, progenitura de las teorías marxistas, tenía por base, no la libertad del individuo, de todos los individuos, sino la igualdad económica, el materialismo puro, lo que les hizo preocuparse ante todo de cifras, de estadísticas, de conocimientos técnicos, sobre los diversos y complejos problemas de la vida social. Multitud de libros habían sido escritos sobre la nacionalización de la tierra, de la industria, etc. Laboremos, pues, para presentar al pueblo soluciones prácticas que resuelvan esos numerosos y complicados problemas. Sugeramos a ese mismo pueblo la idea de administrarse por sí mismo, partiendo siempre de lo simple a lo complejo, de la célula primitiva al perfeccionado, del individuo a la colectividad, de la aldea a la provincia, de la calle al barrio y del barrio a la ciudad.

En esta labor de preparación han de entrar en juego todas las iniciativas particulares, y en este caso también, nosotros, anarquistas, debemos dar el ejemplo. No olvidemos que cuanto más extensa y profunda sea nuestra preparación, cuanto más numerosos sean los individuos instruídos de todos esos objetos, tanto más podremos evitar la centralización en las manos de algunos. Si todas las revoluciones pasadas fracasaron, fué porque el desconocimiento que sobre el mecanismo de la vida social tenían las masas proletarias, les impidió reconstruir por sí mismas el edificio social que deseaban, obligándolas a pedir el concurso de los arquitectos del campo enemigo, a cambio de una nueva y disfrazada esclavitud.

Para robustecer y hacer más diáfanas nuestras nociones de lo que deberá ser la reorganización de la vida social, el «Grupo Internacional» preconiza el inmediato estudio de las estadísticas que facilitarán el conocer hasta en las mismas administraciones estatales; preconiza que los grupos de cada región estudien cuál es el género y la cantidad de producción elaborada mensual y anualmente en su esfera de influencia; lo que se importa de las provincias y naciones cercanas y lejanas; lo que se exporta, adónde, cómo y en qué cantidad.

En período revolucionario, el pueblo pide siempre a los que orientan el movimiento, la pronta solución de la crisis económica que del siempre pesa sobre él, y provocada la lucha entablada y ha hecho acrecentarse en el período demoledor. Cuanto más breve sea el tiempo gastado en la solución de esta crisis, tanto más probable será el triunfo. Cuanto más tardaremos en resolverla, más probabilidades tendrán de ser escuchados del pueblo desalentado y aplastarnos las minorías conservadoras del privilegio de la propiedad individual y del gobierno del hombre por el hombre.

Para terminar, los individuos componentes del «Grupo Internacional» piden a los camaradas ejecutar la discusión de nuestras iniciativas, que, en síntesis, son las siguientes:

1.º Formación de militantes, mediante la organización de cursos de sociología con determinados programas, que partiendo de una base para llegar a un fin, y abarcando el conjunto de los conocimientos humanos, formarán militantes capacitados, clarividentes y activos.

2.º Intensificación y organización metódica de la propaganda, y fundación en cada región de comités de relaciones, cuyo fin será coordinar los esfuerzos de las agrupaciones e individualidades anarquistas, cuyo papel será *organizar y no dirigir.*

3.º Elaboración de un programa de economía anarquista, de un plan de reconstrucción que dé al pueblo orientaciones prácticas y concretas, soluciones claras para la reorganización de la vida social al día siguiente del supuesto triunfo de una revolución popular, no olvidándose jamás que el individuo libre en la colectividad libre ha de ser la base y el fin de toda organización social.

4.º Estudio del mecanismo de la vida social, de la producción, consumo, exportación, importación, cambio, intercambio y transporte de la misma, estudio que los grupos regionales podrán llevar a cabo en sus comarcas respectivas y de cuyos resultados podrán tratar en los periódicos anarquistas que en dichas regiones se editasen.

5.º Incitar, predicando con el ejemplo, a las masas obreras y campesinas, a realizar el mismo estudio y a resolver la obra revolucionaria-anarquista en su doble aspecto de demolición y reconstrucción.

6.º La creación de secciones de libre discusión sobre esos temas en todos los periódicos obreros publicados en España.

A todos envía un fraternal saludo el

GRUPO INTERNACIONAL

DESPUÉS...

Primero, una explosión de odios burgueses determinados por el antagonismo de intereses de tribus capitalistas, provocando la guerra; luego, una explosión por contagio, de odio proletario determinado por el antagonismo de intereses de clases, desatando la revolución. Después, lo de siempre. El espíritu de conservación de los intereses creados resistiéndose a todo cambio que sea fundamental, saltando por encima de todas las promesas hechas para que las multitudes inconscientes compartieran aquellos odios de tribus privilegiadas, y el espíritu de innovación de diversas minorías empeñadas en derrocar aquellos intereses creados saltando también por encima de los sentimientos y aún de los principios socialistas, con tal de que triunfe exclusivamente la táctica de un determinado partido gubernamental o de una determinada fracción obrera.

Previendo aquellas resistencias, nos anticipamos con nuestras críticas a las desilusiones. Y se nos dijo que estábamos fuera de la realidad y que el pacifismo era ridículo y propio de cobardes. Replicamos que la guerra no servía intereses generales, y mucho menos los del proletariado, y se nos contestó que la democracia tenía soluciones para el problema social y que al terminar la guerra las aportaría satisfactoriamente. Y la realidad dice ahora que el viejo decrépito burgués se resiste y trata de escamotear al proletariado el prometido premio a su incondicional sacrificio guerrero.

Los mismos escritores y políticos que más enardecieron con promesas a las multitudes para que se amasaran en uno u otro bando beligerante; los mismos que más vociferaron contra las dudas e incredulidades de nuestras críticas y de nuestras propagandas antiguerreras llamándolas traiciones a la democracia y a la libertad, comienzan ya a poner sordina a las promesas y planes de redención futura, inventados por la necesidad guerrera.

Del «mundo nuevo» que debía nacer del triunfo democrático, es ya de «difícil y dudosa gestación»; al «nuevo derecho pacifista» le salen las espolones militaristas; la Sociedad de *las* Naciones se convierte entre rezos católicos y rezos protestantes en Sociedad *de* Naciones; al desarme general le brotan necesidades de «policía internacional» y de «supremacías navales»; a la fraternidad de los pueblos reconciliados se le avivan y envenenan los tumores de problemas económico-nacionales anexionistas más que complicados... La prensa burguesa, esta gran prostituta de los capitalistas, fonógrafo que enloca todos los sones cambiantes del interés capitalista, echa ya agua al vino de las felicidades prometidas. Se escribe ya que «a medida que se aproxima el momento de dar solución a los problemas de la paz, éstos se multiplican y se complican... el tránsito de la Europa vieja a la Europa nueva no es cosa de coser y cantar, como habían imaginado algunos hombres generosos y cándidos...», con aquella generosidad y candidez estilo Rovira y Virgili, pongamos por caso, del arriero que albarda al burro proletario. Otros, menos cándidos o más cínicos, niegan ya en redondo que la vieja Europa, amancebada con la joven América, pueda parir fruto de bendición socialista, ni siquiera democrático puro.

Ni paz, ni desarme, ni derecho nuevo, ni vida nueva. Tal como previmos. Nada más que el imperialismo del capitalismo y el absolutismo del autoritarismo en todas partes predominantes. La fuerza brutal y ciega que se llama imperialismo, se llama ahora democracia en Europa y en América y socialista en la Rusia bolchevikista que ha establecido la «dictadura proletaria» —¡qué mal suena este procedimiento en oídos anarquistas y socialistas!—y en la Alemania social-democratizada a cañonazos. Lucha de naciones para afianzar hegemonías económicas y lucha de clases y de partidos para crear nuevos poderes gubernamentales, esta vez proletarios. ¡Qué mezquino todo esto que parecía derrumbarse! ¡Cuán deleznable todo esto que parece innovarse!

Los intereses individuales, de grupo o de nación, acompañados de prejuicios y atavismos, tienen demasiadas raíces de egoísmo y de ambición en el corazón de los hombres para que pudieran, en efecto, y aquí está la burla y la inicuo de las promesas, desterrarse de la sociedad, tan por ensalmo como se quiso hacer creer a los combatientes de la galería para que se hicieran matar en los campos de batalla. Los hombres, en otros, de odio y de [illegible] en todos los hombres. Si no [illegible] podía ser el purificador de la defectuosísima convivencia social presente, muy al contrario, debía engendrar, con su mal ejemplo de violencias, nuevas modalidades de fuerza ciega, ni una revolución por victoriosa que sea, pero sin finalidad verdaderamente socialista y sin procedimientos libertarios, en medio de unos diferentes ambientes sociales, gran parte de ellos hostiles o sin aspiraciones hacia esta elevada y refinada finalidad, puede ser, con la grosera sensibilidad y la escasísima cultura de los hombres de la gran masa de todas las actuales clases sociales, el brujo o el mágico que los transforme en hermanos. Llevamos todos demasiado barro en nuestras entrañas de bestia y mucha agua de cristalinas ideas ha de fregotear en ellas antes de que queden limpias de los detritus acumulados por siglos de tiranía y de servidumbre.

Las mismas plumas veletas o interesadas en la guerra de tribus capitalistas, que nos llamaron traidores y reaccionarios porque viendo claro y justo no quisimos secundar artificiosos entusiasmos y campañas guerreristas, se encargan ahora de decir a las multitudes defraudadas que pueden esperar sentadas el premio a su credulidad. Las burguesías no están dispuestas a desarmar ni sus ejércitos ni sus privilegios, como si quisiera con ello provocar la cólera ciega de los despechos y tener pretexto para matar de raíz y brutalmente las reivindicaciones alentadas por las peroratas patrioteras de sus políticos informales. No son tan amantes de la justicia como pregonan sus siervos periodistas, para que consientan en un total sacrificio de sus intereses de clase.

Vayan, pues, por delante unas cuantas de aquellas confesiones y palinodias, mezcladas con amargas verdades, para poder decir nosotros a los hombres de nuestra época, altos y bajos, que los sentimientos de odio y de egoísmo en que todos se inspiran, son malos consejeros, que nunca fueron ideales, y que no será con nuevas injusticias ni con nuevas tiranías económico-políticas, aunque lleven las etiquetas socialista o proletaria, como podrán borrarse del corazón los sentimientos atávicos y de los cerebros las ambiciones antisociales que convierten el mundo en un infierno. En factores antisociales—egoísmo individual, privilegio de clase, ambición de dominio, procedimientos autoritarios, espíritu de venganza, exaltación de la fuerza, empleo de la mentira y la doblez, negación del derecho ajeno, etc.—se han inspirado todas las burguesías para dirimir sus diferencias; procure el proletariado organizado no imitarlas, pues si hipnotizado por la magia de las palabras «fuerza» y «número», que no implican forzosamente «razón y calidad», desdeña y arrincona los sentimientos altruistas y los principios de amplia solidaridad de los ideales de emancipación universal que para su acción transformadora reivindica, corre el riesgo, además de comprometer el porvenir de estos mismos ideales, desligándolos por medio de los apasionamientos y corrompiéndolos con los sectarismos de partido, de caer en este mismo abismo de la injusticia, hacia el cual vertiginosamente se precipita la burguesía cuando de más justiciera alardea.—J. PRAT.

Fragmento de una carta

. . . . . .

Respecto a la guerra actual, no conozco sus causas íntimas ni su desarrollo; pero, en principio, no creo que ningún país tenga razón. Ni Alemania, ni Francia, ni Inglaterra, ni Austria. Tampoco veo, como usted, esta guerra profanada de filosofía. No creo, porque no haya la afirmación del interesado para creerlo, que Francia, del «gaterra, Rusia, ayudadas por tropas mercenarias como las de los Imperios de César, Carlos V y Napoleón, representan el Derecho, la Civilización, la Humanidad, el Progreso; tampoco veo que necesidad haba de que Alemania en este momento tuviera que imponerse cañonazos su cultura, aunque esta sea superior a la de las demás naciones.

En el atropello a Bélgica estoy con usted. No me parece excepcional. No hay derecho, ciertamente, para apoderarse de otro país. Pero si Francia e Inglaterra no hubieran sido capaces de sentir ese impulso de su derecho, no serían dueñas de la India, de Egipto, de la Cochinchina, de Argelia, de Marruecos, de Madagascar, del Cabo, de Nueva Zelanda, etc, etc.

Ante ese derecho semidivino y un poco grotesco de los jurisconsultos, tan atropello es conquistar Marruecos como Bélgica; tan bárbaro bombardear la catedral de Reims como una mala barraca dedicada a un culto fetichista.

Cierto que las brutalidades del conquistador se pueden cubrir hipócritamente, como ha hecho Inglaterra, con el manto de la civilización, dando a las conquistas un carácter de necesidad económica; pero los franceses no se han cuidado de esto y han ocelebrado sus triunfos napoleónicos sin disfraz alguno, con un cándido cinismo.

En Londres no hay ningún monumento que explique ni que conmemore el hermoso sistema con que los ingleses exterminaron a todos los habitantes de la Isamania sin dejar uno; en cambio los franceses, en el Arco de Triunfo de la Estrella, inscribieron como glorias las nombres de las ciudades españolas, italianas, alemanas, austriacas y rusas, arrasadas, ametralladas y robadas sin más motivo ni causa que el capricho de un ambicioso apoyado en la fuerza de un Ejército.

Si esto se hubiera olvidado en Francia, estaría en su derecho al abominar de la violencia; pero ¡si está viviendo todavía con ese entusiasmo! ¡Si está ansiando éxito, revancha, prepotencia militar, cascos con penacho y ruido de tambores!

No; a pesar de lo que usted dice, yo no creo en esta guerra razón filosófica alguna.

Es una guerra de tribu contra tribu, de horda contra horda. Lo único que me parece extraordinario en ella es la fuerza de sugestión de los Gobiernos, que han llegado a inculcar a los ciudadanos la idea de que el individuo no es nada; que el Estado, la nación, lo es todo.

Esta idea trae a la imaginación el sistema de constitución política de las abejas. Con su disciplina y su terrible crueldad, este Estado prepotente y que dispone así de las vidas de los ciudadanos, tiene algo de divinidad africana, del Javeh o del Molock de los semitas.

El poco lugo ideológico de esta guerra se advierte también con fuerza en la pobreza y mediocridad de los alegatos de los sabios y de los escritores de uno y otro país. ¡Qué estepa la del pensamiento universal al hablar de la guerra! ¡Lástima que no viva Tolstoy! El hubiera dicho algo, quizá absurdo, pero algo cordial, hermoso y grande.

Al menos en el 70, Renán escribió una carta a Strauss en que demostraba que la luz de la inteligencia no se había borrado ppr el ruido de las espuelas de los militares, ni aún por el estrépito de los cañones.

Usted me dice que en la Alemania actual, los hombres, cansados un poco de la vida práctica en los Bancos, fábricas, en las industrias, entraban de nuevo en el intelectualismo crítico; me dice usted que se comenzaba a estudiar y a depurar de una manera sobria, el contenido del liberalismo, que se reaccionaba contra la judaización, el americanismo y el semiabismo de las grandes ciudades; que se quería luchar contra el industrialismo en la ciencia y en el arte, contra el alcoholismo y la falsa filantropía.

Dice usted que se miraba como factible para un porvenir no lejano una mayor descentralización de los Estados y de los Municipios, una posible vuelta a la vida campestre, conservando en ella lo civilizado, uniendo lo ciudadano con lo rural.

Si eso es así, razón de más para deplorar una guerra en que todo el mundo ha soltado el tapaarabos y se muestra con una naturalidad repulsiva. Los alemanes intentan echar a los turcos a pelear con los rusos; Francia, un país casi socialista y defensor en principio de los Derechos del Hombre, paga a senegaleses y a argelinos para que maten por ella, y a los socialistas de todos los países, enemigos de la explotación, les parece esto bien. Inglaterra trae a sus pobres esclavos de la India, a cuyos padres y abuelos mató a boca de los cañones, a la línea de fuego, y el pueblo inglés, el país respetuoso con la Libertad y el Derecho, que se sostiene de propiedad intelectual de los alemanes de una manera escandalosa.

El hombre violento y salvaje que todos llevamos dentro; el pitecantropus, el troglodita de Cro-Magnon, o de Neauderthal, ha salido de su cueva en pleno siglo XX.

PÍO BARO

El Imparcial. Octubre, 1914.

1814 - 1918

Buscando un libro entre los muchos publicados sobre la guerra actual y que ante mí se presentaban en fila, en frente de batalla, hubo mi mano de tropezar con otro que vivía alejado de los demás ¡cosa de un siglo!...

Era un tomo de amarillentas páginas, evocador de cuevas húmedas y librerías de viejo. Refería viejas hazañas... poco menos que el horóscopo de Napoleón, la relación de sus andanzas en Rusia, España, Alemania y Austria... Leyendo el yestorio volumen se dudaba si fuera broma lo contenido en él, si tantas aventuras hubieran tenido fuerza real en la memoria del mundo y bastante paciencia para soportarlas la Naturaleza y los hombres.

Pero cuando se afirma que cien años ha, en época de que fueron testigos presenciales muchos abuelos cuando eran hombres, y nuestros padres cuando eran niños, un hombre, un hombre sólo, al frente de legiones, invade países, destruye razas, domina reyes, pisotea historias, rasga con sus espuelas el mapa de Europa... la duda se apodera del espíritu; ¿es leyenda, es realidad? Y si es cuento de hadas, si es cierto que la Humanidad de hace cien años tan flaca fuera que se dejase dompeñar, esclava, por un tirano que de Córcega surgiera... ¿qué pensar de aquella Humanidad? Tan sólo con ser viril, con tener en sus entrañas el instinto de defensa, el de conservación del más ínfimo de los animales, ni Napoleón pasara de ser capitán de bandidos, fusilado quizás, un día en las maniguas, en los «makis» corsos, ni el mundo se doblara ante el bonapartesco tricornio, que un pueblo adulador compara, nada menos, que con el triángulo que circundó al ojo eterno, tricornio de Moisés...

Pues bien; he dejado el viejo libro en su correspondiente sitio y tomado otro reciente, intenso, virginal... Es un diario de la guerra actual... Paso impaciente sus blancas hojas, con espolvoreadas del polvillo sutil, el del papel nuevo y oreadas con el perfume de la imprenta; abro páginas, deletreo capítulos y me pregunto: ¿Es éste el viejo libro que acabo de dejar, o es un libro nuevo?... Poned Nicolás, Jorge, Francisco, Guillermo, donde se escribió Napoleón. ¡Cuestión de erratas!

¡Espectáculo igual!... El emperador de ayer y el de hoy almuerzan en Berlín y comen en Bruselas, conquistada sobre los manteles mismos que abandonara el triste Alberto... El emperador quiere dormir en Lille y le aguarda el lecho, el mismo que ocupara el general francés. El emperador tiene capricho de admirar un baile, una «Polonesa»... Ya está en Varsovia, ya pisa las alfombras que hollara ayer el gobernador ruso... El emperador quiere visitar los salones del «Konak»... Ya está en Belgrado, en su alcázar trágico, manchado con la sangre de la reina Draga... El emperador desea conocer la extraña vestimenta de los siervos de Nicolás... En Celtinga le aguardan los pintorescos servidores del «vaudevillesco» príncipe... El emperador ansía conocer aquellos dulces cuadros que «Carmen Silva», la Pitonisa de Rumania, trazara en días de paz.... El emperador descansa su vista en el quieto espejo de los mares de Constanza, ensancha sus pulmones en los pinares divinos que cantaran los poetas en tiempos de Trajano, nuestro compatriota insigne, y evoca ahora la poetisa rumana... Así Napoleón durmiera en Madrid y despertara en Moscú, y almorzara en Viena y comiera en Berlín.

. . . . . .

Ayer y hoy, muchedumbres siervas que siguen admiradas el avión de las victorias, infelices madres que entregan a sus hijos en aras del implacable Moloch, doncellas que animan a sus amantes, aún calliente en sus labios el ardiente beso, a que truequen sus delicias por el horror de las matanzas... Y el cortejo cruel; rebaños humanos, indefensos, yertos, que se arrastran sobre la nieve en horrenda caravana: cuadros de fusilamiento, ruinas y hambres; naciones asoladas, campos en cosecha de sangre, cadáveres y osamentas, como inacabables reles en la vía del dolor...

¿Para qué, repito, sirvió la lección de un siglo atrás?... Hoy y ayer, la horrenda frase de aquel Sthendal, filósofo (que siguiera a Napoleón en sus ejércitos como empleado molesto, pero que fué crujano cruel de la empresa bonapartista), parece brillar lúgübre en el frontispicio del imperio guerrero: «¡Oh, noches de luna! Las codiciadas por el emperador... Según los hados clásicos, son aquellas en que más hijos se engendran para la guerra!...»

Cosecha de cañones, cosecha de cañón, ¡cuántas rojas lunas venís sufriendo, cuántas sufriréis si en vuestros cerebros y en vuestro corazón no se engendra el odio supremo, el odio a la guerra!

¡Bello espectáculo el que ofreceríais un día, si vuestras manos, los talleres dejarían enfriar ríos de plomo, el que luego, fuerte, traspasa los corazones; el acero, que destroza, caería rendido ante el de vuestra energía y vuestra constancia; los cañones fueran despreciables juguetes, enjauladas fieras.

¡Los tiranos clamarían rencores, los ministros, odios; pero vosotros, vosotros, responderíais con magníficas carcajadas de menosprecio! ¡Se abatirían plumajes y cascos y medallas: flácidas caerían espadas y bayonetas. El sable fuera un recuerdo y los «husares de la muerte», los «strelises rusos, fantasmas de aldea que cubrieran una vela y un latigo en soberana mueca, atemorizadora de villanos!

¡Dulce, irrealizable sueño!

Ha pasado un siglo... En balde fué que Carlos Marx, Bakounine, que Jaurès y Bebel, Kropotkine y Tolstoi, en libros y en arengas, maldijeran de la matanza; que Courtelline, el Sabio, tratara de aplacar el espanto de los franceses, la columna Vendome, emblema de la guerra; que murieran zares bajo la dinamita y el puñal, reyes y emperadores; que en lo extenso de la Historia se jalonaran revoluciones, barricadas, defensas, incendios, fusilamientos, para despertar al pueblo, al rebaño, y conducirle a su victoria. ¡Trabajo perdido!

Ni la «Commune», ni el volcánico estruendo del 48 en Roma y en París, en Madrid y en Berlín; ni Mazzini, ni Prim, ni Kossuth, ni los conductores todos de pueblos, nadie, nos redimió... ¡Triste realidad! ¡Rebaño de las fatalidades el del pueblo, pastoreando en el desierto eterno de sus infortunios!

CARA

No importa. Aun prescindiendo de la libertad de los mares, yo creo que la Sociedad de las Naciones puede llevarse a cabo.

CRUZ

Esa es otra de las expresiones teóricas que tanto seducen a Wilson, y que al trasladarlas a la realidad, o no significan nada, o representan algo que es práctica e inmediatamente imposible. Para que haya una Sociedad de Naciones, es necesario ante todo que el conjunto de esas naciones exista de una manera estable y regular. Y la guerra que acaba de terminarse lo que ha hecho, en el fondo, es dar más vigor a unas, debilitar a otras, y, sobre todo, levantar en el seno de Europa un torbellino de nacionalidades vagas, incoherentes y amorfas, que dentro de cinco años no será todavía posible delimitarlas suficientemente ni acallar los conflictos que por manera inevitable se levantarán entre ellas. Antes de la guerra los Balkanes constituían el seno de la Europa; hoy, más de la mitad del Continente se halla y se hallará por largo tiempo en estado balkánico. ¿Con qué elementos sólidos quiere usted, pues, que se constituya en un plazo inmediato la Sociedad de las Naciones?

CARA

Señor mío: ¿no están ahí Inglaterra, Francia, Italia y los Estados Unidos de América?

CRUZ

¡Que sí están? ¡Pues vaya si están, y muy firmes! De eso adolecen el problema. No hay que confundir la Sociedad de las Naciones, es decir, de todas, que es el molde del ensueño wilsoniano, con una simple Sociedad de Naciones, esto es, de unas cuantas, que imponga a las demás el punto de vista de sus intereses, muy respetables, muy formidables sobre todo, pero parciales. Esto último es la posible inmediatamente, y hasta es más que probable que se realice. Mas, por Dios, no confundamos: lo que tendremos entonces será una Sociedad armónica, voluntaria y universal, nunca vista y casi definitiva; sino una simple Sociedad en Comandita, con un gerente, Inglaterra, y una Libertad, Igualdad y Fraternidad que tantos ríos de sangre costó y costará.

Los ideólogos del siglo XVIII, y sus descendientes los «colomistas», según criterio de la Liga, creyeron que la Europa del siglo XIX pondrían en lugar del ideal cristiano el de la Revolución francesa o sea el catecismo de los derechos del hombre y del ciudadano. La historia del siglo pasado y de los diez y ocho años del presente demuestra que Europa no es cristiana ni partidaria de los principios de la Revolución francesa.

El hombre de ahora habla de derecho, pero no cree en él; más, lo considera como la «canción del débil» que, no pudiendo imponerse, se consuela con el ensueño de justicia. La realidad nos dice y repite todos los instantes que el «homo homine lupus» de Hobbes es verdad ahora, como el primer día de la creación.

JAIME BROSSA

La Publicidad, 8 diciembre 1918.

Diálogos entre Cara y Cruz

CARA

Perfectamente... Vamos al caso concreto. Wilson «va» a Europa con el propósito dignísimo de establecer la Humana Sociedad de las Naciones, como base permanente de paz. ¿Está usted conforme?

CRUZ

Del todo.

CARA

Pues, habiendo aceptado esta base todos los beligerantes...

CRUZ

Perdone usted: todos han aceptado esta base; pero no todos, ni mucho menos, han admitido *las bases*.

CARA

¿Qué bases?

CRUZ

Las catorce famosas, las del propio Wilson, entre las cuales figura como esencial la libertad de los mares. Inglaterra no la ha aceptado. Y digo más: Inglaterra no la ha aceptado, no por odio a Alemania ni por deseos de entorpecer los esfuerzos de Wilson, ni por estrechez de espíritu, ni por ninguna malquerencia rastrera, sino porque noblemente, honradamente, cree que no debe, que no puede aceptarla. Una de dos: o la libertad de los mares no significa nada, o quiere decir que los armamentos navales se reducirán y repartirán, entre las potencias, de tal suerte que ninguna de ellas pueda en un momento dado adueñarse de las comunicaciones marítimas. Ahora bien: ¿cómo quiere usted que Inglaterra acceda a eso, que sea despojada ella misma del poder que es la única garantía de su vida? ¿Concibe usted que un un abrir y cerrar de ojos pierda lo que le ha costado largos y duros siglos de afianzar y mantener? ¿No es absurdo pedirle que abandone eso, precisamente al salir de una guerra en que acaba de demostrado por completo que si Inglaterra y sus aliados han podido resultar vencedores, fué única y exclusivamente gracias a *eso?*

CARA

Sin embargo, no me negará usted que el ideal de Wilson...

CRUZ

¿Quiere usted decir que es el único perfecto, desinteresado, sin tacha? ¿Qué duda cabe! Ningún ideal es perfecto. Por eso se lo electo es capaz de repudiarlo. Y esté usted seguro de que en Francia, en Italia, en Inglaterra mismo, donde las teorías wilsonianas son acogidas con reserva y cautela, nadie desearía nada mejor que el poder implantarlas mañana mismo. Pero ¡ay! no es que falta: podría hacerlo. El conflicto no está en las ideas sino en las realidades.

CARA

No importa. Aun prescindiendo de la libertad de los mares, yo creo que la Sociedad de las Naciones puede llevarse a cabo.

CRUZ

Pues bien; me imagino yo que la Humanidad, al cabo de la bochornosa que deshonra al mundo, se organice la forma que impida la resurrección de monstruosidades tales... Entonces, como ahora, recorrerán el mundo los turistas, y allá, en Verdun, en el Marne y en Charleroi, en Liejo y en Bucarest, en la Dobrudja y en el Vistula, «cicerones» pagados les enseñarán campos de batalla donde mordieron el polvo millares y millones de hijos del pueblo. Leerán, dudosos, en la Historia del porvenir los presentes fastos...

No—dirán—; no es posible que quienes alcanzaron tal grado de cultura en artes y en libros, en bellos edificios, en industrias, en colosales progresos y en sutiles obras de ingenio, en riqueza y en esplendor, sean estos mismos... No es verosímil que todos los pueblos juntos se inmolaran ante el poder de unos cuantos hombres; que las mujeres y los niños perecieran; que los hombres se hicieran trabajo en el campo de sangre los campos... ¡Qué bárbaros eran los hombres civilizados!—terminarán.

RODRIGO SORIANO

España Nueva. 27 noviembre 1918.

Las murallas del egoísmo

Eramos muchos los que creíamos que después de la guerra, se produciría en el mundo civilizado un movimiento de suspensión que equivaldría a un cambio de conciencia. «Europa» iba a «revisión de valores», «mundo justo», «era de paz», «armonía entre naciones», ¿cuántas cosas nos ha inventado el verbo humano para designar el ansia de justicia que perdura como ideal inútil en el corazón del orangután aspirante a ángel?

La guerra europea prosigue en nueva forma: se suspenderon unas hostilidades y han comenzado otras. Se entonan cantos a la Victoria; todos los partidarios de la Entente creen sinceramente que con ella ha triunfado el derecho, la libertad y la justicia; esta trilogía, reemplaza ventajosamente la Libertad y el Derecho, se apodera de la propiedad intelectual de los alemanes de una manera escandalosa.

El hombre violento y salvaje que todos llevamos dentro; el pitecantropus, el troglodita de Cro-Magnon, o de Neauderthal, ha salido de su cueva en pleno siglo XX.

PÍO BARO

El Imparcial. Octubre, 1914.

1814 - 1918

Buscando un libro entre los muchos publicados sobre la guerra actual y que ante mí se presentaban en fila, en frente de batalla, hubo mi mano de tropezar con otro que vivía alejado de los demás ¡cosa de un siglo!...

Era un tomo de amarillentas páginas, evocador de cuevas húmedas